

PROFECÍAS DE LA BIBLIA

Hugo McCord



La profecía en el sentido bíblico es un mensaje que proviene de Dios, mensaje que puede relacionarse con el pasado, con el presente o con el futuro. Puesto que la mente del hombre puede examinar el pasado y el presente, pero no puede predecir el futuro, las predicciones acertadas de eventos venideros tienen que ser sobrenaturales. Por lo tanto, las profecías de la Biblia constituyen una demostración de lo divino. Un milagro de conocimiento es tan sobrenatural como un milagro de poder. Si la Biblia de hecho ha anunciado eventos futuros, que no eran en modo alguno humanamente conocibles, entonces esa capacidad para predecir es una prueba de que el autor de la Biblia es Dios, no el hombre.

Es una amplia variedad de profecías la que se presenta en la Biblia. Muchas predicciones se hicieron en relación con ciertas ciudades, naciones y pueblos; con el reino de Dios; y con personas en particular, incluyendo a Jesús. (Varias profecías acerca de Jesús se mencionaron en la lección anterior. Estas serán ampliadas en este estudio).

PROFECÍAS ACERCA DE CIUDADES

Jerico

Después de la destrucción de Jericó, al mando de Josué, se hizo la extraña profecía en el sentido de que en la reconstrucción de la ciudad, el hombre responsable de esta sufriría la pérdida de su hijo mayor y de su hijo menor (Josué 6.26). Esta profecía se cumplió específicamente unos quinientos años después en Hiel. Durante la reconstrucción de Jericó, este Betelita perdió a su primogénito Abiram y a su hijo menor Segub (1° Reyes 16.34).

Tiro

Por lo menos a cinco profetas de Dios se les dieron mensajes divinos acerca de Tiro, «la ciudad más célebre de Fenicia, y antiguo almacén del

mundo». Había de ser atacada por muchas naciones (Ezequiel 26.3). Esto se llevó a cabo en los asaltos hechos por los babilonios, los griegos, los romanos y los turcos. Tiro había de ser olvidada por setenta años (Isaías 23.15). Esta profecía fue hecha 125 años antes del final del asalto babilonio, y de la primera vez que se derribó a Tiro. Después de ser olvidada durante casi tres cuartos de siglo, según otra extraordinaria profecía, Tiro llegaría a ser fuerte en el mar (Ezequiel 26.17). Después de setenta años de abandono, los que regresaron, en lugar de reconstruir sobre la antigua ubicación, se dirigieron a una isla que estaba a casi un kilómetro de la orilla.

Ezequiel profetizó que las piedras, la madera e incluso el escombros de Tiro, serían arrojados al mar, dejando expuesta la roca desnuda (Ezequiel 26.12–14). Esto se cumplió de modo extraordinario cuando Alejandro Magno usó todo lo que fuera portátil para construir una calzada desde la antigua ciudad hasta la nueva ciudad isla. El profeta también anunció que la antigua ciudad se convertiría en un sitio para tender redes (Ezequiel 26.5, 14). Ha habido viajeros que han encontrado redes de pescadores secándose sobre las rocas de la antigua ubicación de la ciudad. A la nueva ciudad, anunció el profeta, se le prendería fuego (Amós 1.10; Zacarías 9.3–4). Alejandro Magno, furioso de que Tiro resistiera por tanto tiempo el sitio, al final devastó la ciudad y la incendió.

En tiempos posteriores, los tirios se volvieron de la idolatría y aceptaron al verdadero Dios. Jesús felicitó a una mujer de Fenicia por su gran fe (Mateo 15.21–28), y Pablo fundó la iglesia del Señor allí en su último viaje a Jerusalén (Hechos 21.3–5). Durante la persecución de Dioclesiano, en Tiro «surgieron muchos que confesaban la fe de Jesús, y también mártires».

Babilonia

Por muchos años (h. 854–612 a. C.), Asiria,

cuya capital era Nínive, fue la potencia mundial dominante. Dos profetas de Palestina hablaron acerca de la caída de Caldea¹ (h. 605–538 a. C.), cuya capital era Babilonia. Cuando la percepción humana no era todavía capaz de prever la decadencia de Asiria, el profeta inspirado Isaías se atrevió a anunciar, no solo el surgimiento, sino también la exterminación de otra potencia mundial: Caldea (Isaías 13.19; 21.9). Su profecía de la caída de ese imperio fue hecha unos dos siglos antes que ocurriera. Luego, después del surgimiento de Babilonia, Dios le envió a esa nación otro profeta con un mensaje de destrucción, mensaje que se dio cincuenta y seis años antes del evento (Jeremías 25.12; 27.8; 50.10; 51.24; vea también Habacuc 2).

Si alguna vez una ciudad capital pareció inexpugnable, esa fue Babilonia. Muros altos y anchos, con puertas de bronce, rechazaban a los atacantes, y a pesar de esto, los profetas de Dios que estaban en Judea, se atrevieron a anunciar que la gran ciudad caería.

Se anunciaron detalles puntuales acerca de la caída de Babilonia. Los medos y los elamitas (persas) habían de ser los atacantes que lograrían someterla, y los nombres de estos fueron mencionados (Daniel 5.28). El rey de ellos, Ciro, también fue señalado por nombre (Isaías 44.28). Algunas de las varias naciones que hubiera vencido habían de ser parte de su ejército atacante (Jeremías 50.27–31). El río se secaría (Isaías 44.27; Jeremías 51.36). Esto se cumplió en el 538 a. C., cuando Ciro desvió el caudal del Éufrates e hizo entrada en la ciudad por el lecho del río. Se profetizó que habría banquetes y embriaguez en Babilonia (Jeremías 51.39, 58). Algunas puertas habían de dejarse abiertas (Isaías 45.1). Estas profecías se cumplieron cuando, durante una celebración, las puertas que había dentro de la ciudad, a ambos lados del río, fueron dejadas abiertas por descuido, y los soldados de Ciro sorprendieron ebrios a los guardas de palacio. Grandes tesoros habían de ser tomados, dijo el profeta (Isaías 45.3), y así llegó a suceder.

Una completa desolación era el destino que aguardaba a Babilonia (Isaías 47.11). El cumplimiento fue gradual. Después que Ciro redujo la ciudad, fue capturada de nuevo por el persa Darío, y después por Alejandro Magno. Hacia el siglo II d. C., no quedaba nada excepto los muros. Para el tiempo de los sarracenos, las arenas del desierto traídas por el viento, habían ocultado lo que alguna vez fueron altos muros, y la desolación fue completa. Los profetas hablaron tanto de lagunas de agua (Isaías 14.23) como de tierra seca y

desierta (Jeremías 51.43). Ambas profecías han llegado a cumplirse; en ocasiones se encuentran charcas de agua estancada en el seco desierto de Babilonia.

Se profetizó que la poderosa Babilonia surgiría, llegando a ser hermosura de reinos y ornamento de la grandeza de los caldeos (Isaías 13.19). Después llegaría a estar tan desolada que los atemorizados pastores no pasarían una sola noche en la región (Isaías 13.20). Fieras del desierto y criaturas aullantes serían sus habitantes (Isaías 13.21–22). Sus agradables palacios serían para los chacales, y su pompa para los gusanos (Isaías 13.22). Su gigantesco templo de Bel, de 800 metros de circunferencia y de más de 180 metros de altura, sería reducido a ruinas (Jeremías 51.37). Como el profeta anunció, los que viajan a la región se llenan de asombro (Jeremías 51.43).

La condición de abandono del lugar donde estaba Babilonia, continúa hasta hoy día, tal vez debido en parte al descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, que provee una nueva ruta hacia la India. Esta continuada desolación, por la razón que fuera, es un cumplimiento diario de la palabra de los profetas en el sentido de que debía ser una desolación para siempre. En la Biblia escrita se observa que es la mano de Dios la que escribe, y así de claro se puede observar en el abandonado sitio en que estuvo Babilonia.

Nínive

Nínive era una ciudad grande en extremo de «tres días de camino» (Jonás 3.3), de casi cien kilómetros de circunferencia. Sus muros de treinta metros de alto daban soporte a mil quinientas torres, de sesenta metros de altura cada una. A pesar de su fortaleza, los pecados de la ciudad motivaron la profecía de Dios que anunciaba su destrucción. La profecía fue en el sentido de que caería tanto por inundación impetuosa (Nahum 1.1, 8; 2.6) como por fuego (Nahum 3.13). En el 612 a. C. ambos eventos se cumplieron. El río Tigris inundó parcialmente la ciudad, llevándose un tramo de su muro, y permitiendo al enemigo entrar. El rey erigió una pira funeraria, quemando su palacio, a su familia y a sí mismo. Dios también profetizó que el oro sería saqueado como botín (Nahum 2.9), lo cual también confirma la historia. El lugar donde estuvo Nínive está ahora abandonado, y su famoso nombre está amenazado con la extinción.

Damasco

Amós profetizó que Damasco sería castigada,

también con fuego (Amós 1.3–14). Isaías afirmó que se convertiría en un montón de ruinas (Isaías 17.1). Aunque Damasco existe hasta hoy día, estas profecías se han cumplido. Ha llegado a ser un montón de ruinas varias veces. En el siglo VIII a. C., el monarca asirio tomó Damasco y deportó a sus habitantes. Damasco fue reducida por Alejandro Magno, y nuevamente por los sarracenos.

PROFECÍAS ACERCA DE NACIONES Y PUEBLOS

Los hebreos

Las profecías que hacen referencia a los hebreos son más que las que hacen referencia a cualquier otro pueblo. Serían esclavos en Egipto (Génesis 15.13–14). Serían liberados en un momento determinado (Génesis 46.4). Se les daría la tierra de Canaán (Génesis 15.18). La de ellos sería una gran nación (Génesis 46.3). Llegarían a ser dos reinos (1º Reyes 11.31). El reino del sur sería rescatado de Asiria, pero caería en manos de Babilonia (1º Reyes 14.15–16); no obstante, no sería completamente destruido. Otras naciones, incluyendo la captora Babilonia, llegarían a extinguirse, pero no así Judá (Isaías 13.20). Judá serviría a Babilonia setenta años y después sería restaurada (Jeremías 25.11–12). El castigo de Dios purificaría a Judá de la idolatría para siempre. Más adelante ella desearía su cabeza del ángulo y sería aplastada (Salmos 118.22).

El cumplimiento de profecías hechas en relación con el pueblo hebreo, es un contundente testimonio de la inspiración de las Escrituras. Profecías de peligro y de dolor, nada halagadoras, fueron hechas por hebreos para hebreos. Una por una, se han cumplido. Federico el Grande pidió una vez a su capellán de palacio que brevemente le diera pruebas de la inspiración de la Biblia. «Los judíos, su majestad», fue la rápida respuesta.

Los árabes

No fue que Dios hiciera belicosos a los descendientes de Ismael, sino que sabía que lo serían, y así se profetizó (Génesis 16.12). En contraste con profecías de destrucción para otras naciones, no se encuentra amenaza de extinción contra los árabes. Otras naciones llegarían a extinguirse, sin embargo los árabes todavía son un poderoso pueblo, lo cual guarda armonía con los anuncios de Dios.

Los moabitas

Los moabitas fueron una vez un pueblo numeroso y fuerte. Su tierra era rica, y sus ciudades,

grandes. Debido a sus pecados, Dios profetizó que su tierra llegaría a ser campo de ortigas, y mina de sal (Sofonías 2.9) —que toda ciudad sería destruida y que Moab dejaría de ser pueblo (Jeremías 48.42). Como señal de que lo anterior se cumplió al pie de la letra, los viajeros de hoy día solo encuentran allí las ruinas de ciudades antiguas. Algunas cuevas y rocas tienen habitantes humanos, pero Moab dejó de existir como nación.

Los amonitas

Al igual que los moabitas, los amonitas vivían en una fértil tierra, y su país era populoso. Debido a sus pecados, la palabra profética de Dios anunció la completa destrucción de Amón. Rabá se convertiría en desolado montón (Jeremías 49.2). Así se ha hallado. Llena de ortigas y de minas de sal, la campiña de Amón, aseveró el profeta, llegaría a convertirse en «asolamiento perpetuo» (Sofonías 2.9). Hoy día, las ruinas están por todo lado. Amón sería cortado de entre los pueblos, y no sería recordado entre las naciones (Ezequiel 25.7, 10). Hoy día no hay quien se llame amonita, ni hay nación que reivindique su descendencia de ese pueblo.

Los edomitas

Durante mil setecientos años, los edomitas fueron una grande y poderosa nación. Edom contenía muchas ciudades. Su capital, Petra (Sela), era un centro de comercio que atraía caravanas de Egipto, de Palestina y de Siria. Además, a los edomitas se les reconoce haber dado comienzo a la investigación en Astronomía y Navegación. Los pecados de este pueblo que una vez fue grande, hizo que les cayera juicio y maldición de Dios. La rica y próspera nación se convertiría en desecho de generación en generación, de conformidad con lo dicho por los profetas (Isaías 34.5–10). Al no ser habitada por el hombre, se convertiría en tierra de espinos, de ortigas, de lobos, de monstruos nocturnos y de serpientes (Isaías 34.13–15; vea también Jeremías 49). Edom perecería.

El infortunado cumplimiento de estas terribles profecías impone respeto por la Biblia. Durante mil novecientos años, Edom no ha tenido hasta ahora existencia como nación. No hay ser humano que afirme ser edomita. Simples hombres difícilmente podrían haber previsto que una ciudad tan rica y tan fuerte como Petra, llegara a estar desolada y abandonada. Hasta el mismo sitio de su ubicación se desconoció por siglos; pero sus ruinas por fin se han encontrado, juntamente con las de otras treinta ciudades edomitas. Están desiertas,

excepto por unos pocos ganaderos árabes —y aun estos evitan las ruinas debido a los escorpiones.

Los filisteos

Los filisteos eran antiguamente una gran nación que vivía en una fértil tierra. Entre las ciudades fortificadas se incluían Ascalón, Asdod, Ecrón, y Gaza. A Ascalón se le conocía por sus excelentes vinos. Asdod había resistido «el sitio más prolongado de la historia». Las riquezas de Gaza le permitían casas de tres pisos con pisos de estuco y amplios baños. Sus fortificaciones fueron suficientemente sólidas para resistir a Alejandro Magno por dos meses.

No obstante, el pecado es un reproche para todo pueblo, y es anuncio de destrucción de parte de Dios. Por odio, rebeldía y otros pecados, Filistea fue condenada por la palabra profética de Dios. Sus poderosas ciudades serían humilladas y reducidas a nada. Ecrón, Ascalón, Asdod y Gaza fueron nombradas específicamente por los profetas (Sofonías 2.4). Los viajeros han hallado que Filistea es una tierra desértica, abandonada a los beduinos árabes, que alimentan sus rebaños sobre ella. Las ruinas de Asdod son conocidas por sus escorpiones. Todavía se debate cuál montículo fue exactamente la antigua Ecrón. Alejandro Magno destruyó Gaza completamente, y la ubicación de ella que estaba a poco más de tres kilómetros del mar, fue abandonada. Se reconstruyó a casi dos kilómetros de allí. Mientras algunos autores no se percataban de que se encontraba en una nueva ubicación, los autores más acertados hablaban de una «Antigua Gaza» y de una «Nueva Gaza». Algunos han señalado la antigua ciudad como la «Gaza que es desierto».

Los egipcios

Hubo un tiempo cuando había veinte mil ciudades en la próspera Egipto; pero, de conformidad con la palabra profética de Dios, Egipto llegó a ser un desolado desecho (Ezequiel 29.12). Aun hoy día, gran parte de Egipto sigue siendo una desolación. El profeta de Dios también anunció un cese de gobernantes autóctonos en la que una vez fue una orgullosa nación (Ezequiel 29.15). Por más de dos mil años este anuncio se ha cumplido.

Contrario a los anuncios de completa destrucción de Babilonia, de Nínive, de Moab, de Amón y de Edom, no se decretó la exterminación contra Egipto. El profeta anunció, no la extinción, sino la degradación de Egipto. Había de convertirse en el más bajo de los reinos (Ezequiel 29.15), y así ha sido por más de dos mil años. Todo esfuerzo por

restaurarle su grandeza ha fracasado, incluyendo un esfuerzo hecho por el poderoso Napoleón.

Los cristianos

Los profetas veterotestamentarios anunciaron grandes cosas acerca de un reino futuro. Su único monarca sería un segundo David. Su trono se dispondría en misericordia (Isaías 16.5). Se le llamaría Dios Fuerte (Isaías 9.6). Sus súbditos estarían dispuestos (Isaías 2.3). Su reinado sería espiritual (vea Isaías 2.4). Su dominio sería internacional, indestructible y eterno, y daría comienzo en los días del Imperio Romano (Daniel 2.44).

¡Fue asombroso el cumplimiento de estas profecías! En los días del Imperio Romano, un reino que no es de este mundo, un reino venido del cielo —un reino de justicia, gozo y paz, con un Hijo divino de David como Rey— fue inaugurado sobre esta tierra. A los ciudadanos de este reino celestial se les llamó cristianos. Fue audaz la profecía de tal reino, y casi increíble la exactitud de cada cumplimiento.

PROFECÍAS QUE NOMBRAN A PERSONAS EN PARTICULAR

La palabra profética más segura fue poderosa para prever los destinos, no solamente de ciudades y de pueblos nombrados, sino también de individuos en particular.

Josías

Unos trescientos años antes del evento, «un varón de Dios» anunció «por palabra de Jehová» (1º Reyes 13.1) el nombre de uno de los descendientes de David y lo que ese descendiente haría. La profecía se refería al nacimiento de un hijo a la casa de David; especificó que se le daría el nombre de Josías, y anunció su celo por Dios al sacudir la idolatría (1º Reyes 13.2). Estas no eran cosas que un simple hombre pudiera conocer.

Recab

Seiscientos años antes de Cristo, debido a que unos hijos obedecieron a su padre, el profeta de Dios bendijo a esa familia para siempre (Jeremías 35.18–19). Cerca de la Meca, en el siglo XIX se encontraron cerca de sesenta mil personas que afirmaban ser descendientes de Recab, profesaban el judaísmo puro, y conocían el idioma hebreo.

Zedequías

El inicuo Zedequías recibiría una desafortunada recompensa por su indiferencia para con Dios. El profeta anunció que Zedequías sería llevado

prisionero a la ciudad de Babilonia y que moriría allí, pero que jamás vería la ciudad (Ezequiel 12.13). Esta extraña profecía requirió conocimiento previo de lo que haría el rey pagano Nabucodonosor. Debemos tomar en cuenta que el monarca pagano no estaba conspirando para cumplir una profecía hebrea al hacer que le sacaran los ojos a Zedequías, antes de llevar al desafortunado prisionero a Babilonia.

Antíoco

Tan acertada y concreta es la profecía que hace Daniel acerca de Antíoco IV (Epífanés), el «Loco»,² que la única explicación que pueden dar los incrédulos es que no se pudo haber escrito cuatrocientos años antes del reinado de Antíoco (vea Daniel 8 y 11). Es tan clara la descripción, que los críticos la declaran historia, no profecía.

Sin embargo, no hay pruebas documentales que pongan en duda la autoría del libro de Daniel. La idea de que un falsificador posterior escribiera en nombre de Daniel, y de que Dios permitiera que tal libro se incluyera en Su Biblia, es inconsecuente con la naturaleza de Dios y de Su Palabra. La sencilla verdad es que la profecía de Daniel es tan acertada y puntual, que la única manera de destruir la prueba que da de ser un documento sobrenatural, es calumniarla diciendo que es una falsificación.

Jesús

Expectación general. Los escritos de los profetas hebreos, acerca de un Mesías que venía, habían suscitado una generalizada expectación e ilusión. «¿Eres tú aquel que había de venir...?» (Mateo 11.3) es una pregunta que revela una fe generalizada. Tanto los gentiles como los judíos tenían expectación de la venida de un Ser Especial, a bendecir el mundo.

Se precisó el tiempo. Los profetas inspirados no solo anunciaron la venida de un Mesías, sino que también el tiempo en que se produciría tal evento. Había de ocurrir mientras el Imperio Romano todavía estuviera en existencia (que fue entre el 65 a. C. y el 476 d. C.). El Deseado de todas las naciones vendría mientras todavía estuviera en pie el segundo templo: antes del año 70 d. C. El Gobernador saldría de Judá antes de la destrucción de las listas genealógicas: antes del 70 d. C. El Ungido, el Príncipe, vendría antes de la destrucción de Jerusalén: previo al 70 d. C. Por lo tanto, el mundo podía esperar su Salvador en algún momento entre la fundación del Imperio Romano en el 65 a. C., y la destrucción de Jerusalén en el 70 d. C.

Algunas descripciones y títulos. Algunas descripciones y títulos de Jesús que se anunciaron, son los siguientes: Siloh (Génesis 49.10), Estrella de Jacob (Números 24.17), Profeta (Deuteronomio 18.15), el que viene (Salmos 118.26), Señor de David (Salmos 110.1), Hijo de Dios (Salmos 2.7, 12), Rey de Sion (Salmos 2.6), Ungido [o Mesías] (Salmos 2.2), Digno de honra (vea Salmos 2.12), Emanuel (Isaías 7.14), Piedra para tropezar (Isaías 8.14), Admirable Consejero (Isaías 9.6), Dios Fuerte (Isaías 9.6), Padre Eterno (Isaías 9.6), Príncipe de Paz (Isaías 9.6), Pendón de los pueblos (Isaías 11.10), Piedra angular preciosa (Isaías 28.16), Siervo de Dios (Isaías 42.1), Escogido de Dios (Isaías 42.1), Justo (Isaías 42.6), Luz de las naciones (Isaías 49.6), Salvador (Isaías 49.6), Brazo de Jehová (Isaías 53.1), Cordero (Isaías 53.7), Testigo (Isaías 55.4), Jefe (Isaías 55.4), Maestro (Isaías 55.4), Predicador de buenas nuevas (Isaías 61.1), Redentor (Isaías 62.11), Jehová (Jeremías 23.6), David (Oseas 3.5), Príncipe y Señoreador (Jeremías 30.21), Renuevo (Jeremías 23.5), Pastor (Ezequiel 34.23), Hijo de Hombre (Daniel 7.13), Señor eterno (Miqueas 5.2), Deseado de todas las naciones (Hageo 2.7), Señor del templo (Malaquías 3.1), Ángel del pacto (Malaquías 3.1), Sol de justicia (Malaquías 4.2). (Vea también la lección «Profecías mesiánicas».)

La ley de la probabilidad. Si solo se hubieran hecho cincuenta profecías acerca de Jesús, y suponiendo que todas hubieran tenido la misma posibilidad de ocurrir o de no ocurrir, el cumplimiento de todas ellas sería muy poco probable. De hecho, la probabilidad en contra de ellas sería del orden de «la cincuentava potencia de dos al [infinito]; esto es, la probabilidad de que todas estas circunstancias se susciten, es mayor de mil ciento veinticinco millones a una».³ El suponer que los cincuenta eventos ocurrieran contemporáneamente «excede la capacidad de los números para expresar correctamente la enorme improbabilidad de que tal cosa tuviera lugar».⁴ Los anteriores cálculos no toman en cuenta la voluntad y acciones de seres con libre albedrío a favor y en contra de Dios, concretamente «las pasiones de las multitudes, las ambiciones de los príncipes, los estudios de los sabios, las astucias de los inicuos, las revoluciones y los diversos destinos de las naciones».⁵

Si solo cien profecías se hubieran hecho, la posibilidad de que le ocurrieran a un solo hombre es menor que una en el número de gotas de agua que existirían si el mundo fuera todo de agua.

¡Tome en cuenta que no son cincuenta, ni cien, sino 332 profecías de Cristo que se han contado! No

extraña, por lo tanto, que Jesús afirmara: «El que quiera hacer la voluntad de Dios conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Juan 7.17). Así como las pruebas del mundo natural dejan sin excusa a los ateos, también las profecías de la Palabra profética dejan sin excusa a los infieles.

El que Jesús cumpliera las profecías es algo que por lo general se reconoce. La única manera de negar esta afirmación es aseverando que las profecías fueron escritas después que Jesús vino. No obstante, esta aseveración es refutada hasta por los que no creen en Cristo. Hasta los judíos que no creen en Cristo dan testimonio de la antigüedad y fidelidad textual de los libros veterotestamentarios. ¡De modo que los judíos que no creen en Cristo contribuyen, sin proponérselo, a la causa de Éste!

PROFECÍAS QUE HIZO JESÚS

Una de las 332 profecías acerca de la venida de Cristo fue que Él mismo sería profeta. Por cierto que Él basó Su reivindicación de deidad en Su propia capacidad para profetizar. Este carpintero-predicador, a quien seguían unos pocos, anunció Su propia muerte (Mateo 16.21; Marcos 9.31; Lucas 9.22), pero esto no le impidió vaticinar la futura expansión de Su movimiento. ¡No era un profeta sin importancia! La manera como Sus seguidores se multiplicaron después de Su muerte es una de las maravillas de la historia.

Entre las muchas profecías de Jesús, hubo veinticinco acerca de la ciudad de Jerusalén. En un tiempo de paz, se atrevió a anunciar la completa destrucción de esta (Mateo 16.21; Marcos 9.31; Lucas 9.22). Enormes piedras de mármol blanco, de un tamaño de 15 x 7 x 5 metros —la gloria del templo— no serían dejadas una sobre otra (Mateo

24.2; Marcos 13.2; Lucas 21.6). Esto se cumplió cuarenta años más adelante, después que la ciudad cayó en manos de Tito. Debido a que el fuego derritió el oro del templo, las piedras fueron excavadas por saqueadores «hasta el fondo de ellas con el fin de recuperar el tesoro derretido». El general Tito trató de salvar el ornamentado edificio, pero no pudo controlar la furia de sus soldados. En un intento por salvar el hermoso e inestimable edificio del templo, Tito, sin saberlo, se convirtió en un agente cuyas acciones se contraponían a la palabra de Jesús. Sin embargo, Jesús sabía que esto sucedería. Esto fue lo que dijo según Mateo 24.25: «Ya os lo he dicho antes». Tito reconoció más adelante que la empresa romana llegó a feliz término, no debido a las armas, sino a la voluntad de Dios.

Jesús dijo que se levantarían falsos Cristos. La historia recoge los nombres de hombres que hicieron grandes afirmaciones como de profetas inspirados. Según las palabras de Jesús, habría guerras y rumores de guerra, hambrunas y terremotos (Mateo 24.6–7; Marcos 13.7–8). La historia recoge no solo las guerras y rumores de guerra, sino también —durante el reinado de Claudio César— hambrunas, pestilencias y terremotos. Jesús dijo que habría señales del cielo (Lucas 21.11). Historiadores respetados, aunque incrédulos, han hablado del avistamiento de fenómenos sin precedente, que impresionaron en gran manera las mentes de los hombres. Los discípulos de Jesús, advirtió Éste de antemano, sufrirían cruenta persecución antes de la caída de Jerusalén (Mateo 24.9). De modo que Jesús sabía de antemano lo que Nerón y otros emperadores harían a los cristianos. Debido a las persecuciones, profetizó Jesús, muchos cristianos se apartarían de la fe (Mateo 24.10). La historia da cuenta de estas apostasías. Antes de la

CONTRASTE ENTRE LA PROFECÍA BÍBLICA Y LA PROFECÍA HUMANA

La relación entre la profecía bíblica y la simple profecía humana es más de contraste que de comparación. Esto es cierto tanto para el poder confirmado de predicción como para el contenido moral y espiritual. Los profetas paganos tenían sus corazones puestos en la prosperidad, no en la justicia. Solo conocían dioses locales. No tenían valores éticos ni salvación. En cuanto a manos limpias, corazón puro y monoteísmo, la profecía bíblica no tiene rival.

En relación con el poder de predicción, la Biblia es la única de la que se puede decir que presenta ejemplo comprobado alguno de profecía cumplida. Los libros que pertenecen al Islamismo, al Budismo, al Confucianismo, al Sintoísmo y al Zoroastrismo, no hacen esfuerzo alguno por predecir eventos. Cuando el oráculo pagano de Delfos intentó una profecía, esta siempre fue ambigua y enigmática. Cuando se han hecho otros intentos de profetizar, lo único que demuestran es la vergüenza que hacen pasar a los autoproclamados profetas.

La ausencia de profecía en otras religiones, el vano esfuerzo de los oráculos paganos y otros intentos fallidos, hacen la profecía bíblica aún más admirable y reverente en comparación.

caída de Jerusalén, el mundo en su totalidad habría de oír el evangelio. Los anales en que se registra la propagación del cristianismo desde el año 30 d. C. hasta el año 70 d. C., constituyen uno de los capítulos más asombrosos de la historia. Cuarenta años antes de que los ejércitos rodearan la ciudad de Jerusalén, Jesús sabía que sus discípulos tendrían una oportunidad para escapar. Por otro lado, los historiadores todavía no conocen la razón por la que el general romano Cestius Gallus se retiró repentinamente después de haber dado comienzo al sitio. Antes de que el sitio se reanudara, miles de cristianos, sabedores del consejo de Jesús en el sentido de huir, abandonaron Jerusalén y salvaron sus vidas. Los judíos que no creían se quedaron y fueron destruidos o vendidos como esclavos.

Jesús anunció que la ciudad de Jerusalén, a la cual Él en verdad amaba, y sobre la cual había derramado lágrimas, padecería la más severa tribulación del mundo. Cómo llegó a ocurrir esto fue narrado al tiempo por Flavio Josefo, un historiador incrédulo. Además de las privaciones que llevaron al canibalismo, el resultado de esta arremetida fue que 1.100.000 habitantes fueron muertos y 97.000 fueron llevados cautivos. Muchos años después, cuando se excavaron los cimientos de los edificios, un testigo informó de que no se podía hallar señal de que el lugar hubiese sido habitado alguna vez. El 16 de julio del 70 d. C. se ofreció el último sacrificio en el templo, y el 9 de agosto del mismo año fue incendiada la ciudad.

Jesús no solo anunció el asombroso evento de la caída que sufriría Jerusalén, sino que también precisó que tal evento ocurriría antes de desaparecer la generación que estaba viva en ese momento. Conforme a lo anunciado, cuarenta años después, un ejército pagano cumplió Su palabra.

La única manera de minimizar la presciencia de Jesús, aun de los más pequeños detalles, es diciendo que las profecías fueron escritas por Sus discípulos después de la caída de Jerusalén. No obstante, hay muchas pruebas en el sentido de que los tres relatos del Evangelio en los cuales se incluyen las profecías de Jesús, se publicaron antes de la caída de Jerusalén. No solamente ya circulaban para esa fecha, sino que, aparentemente, los cristianos acataron el consejo que se encuentra en esos evangelios, en el sentido de que huyeran de la ciudad. El único Evangelio que no incluye las profecías acerca de la caída de la ciudad, es el que escribió Juan, puesto que es el único evangelio que se publicó después del 70 d. C.

Las profecías de Jesús fueron tan significativas, y el cumplimiento de estas tan acertado, que, según narra la historia, se llevó a cabo un asombroso esfuerzo con el fin expreso de anular una de las predicciones de Jesús. Jesús había dicho que después de la caída de Jerusalén, esta sería hollada por gentiles. A raíz de esto, el emperador apóstata Julián (331–62 d. C.), motivado por su aborrecimiento del cristianismo, decidió sacar a los gentiles y restablecer a los judíos en Jerusalén. Todos los esfuerzos que hizo por reconstruir el templo, fueron frustrados por diferentes causas, algunas naturales, y otras, según se dijo, sobrenaturales. Por último, después de gastar inmensas sumas de dinero, Julián renunció a su proyecto. Al morir, dicen que exclamó: «Galileo, Tú has vencido».

CONCLUSIÓN

Este interesante estudio del cumplimiento de las profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento, solo puede indicar un Autor divino. Las profecías son demasiado específicas para calificar como coincidencias; se cumplieron tan acertadamente que no podrían ser conjeturas. Dejemos que ellas nos convenzan de la inspiración de la Palabra de Dios.

¹ Caldea es apropiadamente la única porción de Babilonia que se encuentra más al sur. Después que los caldeos llegaron a ser dominantes en esta región, establecieron el imperio neobabilónico. Los profetas hebreos aplicaron el término «tierra de los caldeos» a toda Babilonia, y el de «caldeos» a todos los súbditos del Imperio Babilónico.

² Antíoco IV (Epifanes) fue un rey seléucida de Siria que reinó desde el 175 hasta el 164 a. C., durante el período de cuatrocientos años que transcurrió entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Obligó a sus súbditos a adoptar la cultura helénica, incluyendo a los que vivían en Judea. Sus esfuerzos por destruir el judaísmo llevaron a prohibir la circuncisión, la observancia del día de reposo y la lectura de la ley. El templo fue profanado; los judíos tuvieron que participar en cultos paganos, y comer alimentos inmundos.

Judas Macabeo dirigió una sublevación que al tiempo culminó en la restauración de las libertades judías. En el 141 a. C., la nación llegó a ser independiente del dominio de Siria. La rebelión macabea y los eventos que llevaron a ella, se recogen en los libros no inspirados de 1º y 2º Macabeos.

³ Alexander Campbell, *The Evidences of Christianity: A Debate (Las pruebas del cristianismo: Un debate)* (Cincinnati: Chase and Hall, 1878), 334–35.

⁴ *Ibid.*

⁵ Alexander Keith, *Evidence of Truth of the Christian Religion Derived From the Literal Fulfillment of Prophecy (Pruebas de la verdad de la religión cristiana, derivadas del cumplimiento literal de la profecía)* (Philadelphia: Presbyterian Board of Publication, s.f.), 368–69.